

JULIO JOSÉ ORDOVÁS

---

*El Anticuerpo*



ANAGRAMA  
Narrativas hispánicas

## Índice

Portada  
El Anticuerpo  
Créditos

Escupidme encima cuando paséis  
por delante del lugar donde yo repose  
enviándome un húmedo mensaje  
de vida y de furia necesaria.

LOIS PEREIRO

## 1

Tocan a muerto. Mi madre apaga el fuego de la cocina y se asoma por la ventana. La vecina sale del corral, habla con mi madre. Confirman la identidad del difunto. Lo que viene de la tierra ha de volver a la tierra. El que hace sonar la campana es un viejo con dientes de burro. Le llaman el Serio. Mi madre suele decir que uno nunca muere hasta que le llega la hora. No entiendo bien qué es lo que quiere decir con eso. La vecina ha dejado abierta la puerta, descuido que las gallinas aprovechan para aventurarse fuera del corral. Yo bajo corriendo las escaleras y salgo de casa dando un portazo. El picaporte tiembla. Las gallinas se asustan. Mi madre me reprende. Las gallinas no obedecen los aspavientos de la vecina. Tampoco yo hago caso de los gritos de mi madre, ni de las campanadas, y corro calle abajo.

## 2

El cielo ya se había quitado el jersey. Una gran nube con alas de dragón perseguía a una pequeña nube con orejas de conejo. El mundo olía dulce, sonaba dulce y sabía dulce, a fruta robada. No podíamos estarnos quietos. La luz nos hacía cosquillas. Teníamos tanta hambre que nos olvidábamos de la merienda, corriendo de un lado para otro en busca de problemas.

Ni siquiera los pájaros nacían aprendidos. Muchos se accidentaban en sus primeros vuelos. A los supervivientes los devolvíamos a los tejados con la esperanza de que sus progenitores los encontrarán antes de que lo hiciera algún gato. Los gatos, siempre al acecho, se divertían torturándolos hasta que se cansaban de ellos y los mataban. No para comérselos. Los mataban porque sí.

Las casas tenían ojos. Y orejas. Y bocas. Sólo en los tejados nos sentíamos libres, pese al control que los buitres ejercían sobre nuestros movimientos. Pero los buitres me inspiraban confianza. Toda la confianza que pueden inspirar los vigilantes de un cementerio.

En los tejados no nos manchábamos de barro. Mientras los de abajo rezaban, roncaban, chillaban, suspiraban, gemían, sacaban cuentas, tejían murmuraciones y hacían sus necesidades, nosotros fabricábamos cócteles molotov.

Teníamos más vidas que los gatos y peores intenciones. Pero no éramos malos.

Los tejados eran nuestra isla del tesoro. No me importó que me abandonaran como a Ben Gunn. Ni me daba miedo la soledad ni me intimidaban los ángeles carroñeros.

A los tejados, como a la acequia, iban a parar las cosas más absurdas. El viento se divertía robando unas bragas de un tendedor y dejándolas caer en el tejado de la iglesia.

Pegada a la iglesia estaba la casa del cura, con un pequeño jardín en la parte trasera. Me sorprendió que, donde antes crecía la mala hierba, hubiera flores de colores celestiales.

El viejo cura, al igual que el dios del Antiguo Testamento, se había hecho respetar haciéndose temer. Con el nuevo se acabó la dictadura. Absolvía nuestros pecados veniales mediante una sonrisa. Y no tenía halitosis ni pelos en las orejas.

No consentía que lo llamáramos don José Luis. Ni en su mirada ni en su voz había sombras. Arrugaba la nariz, como un conejo, cuando se le iba el santo al cielo. Sus camisas irreverentes habían causado un notable revuelo, acostumbrados al luto severo de su predecesor. Las urracas pasaron del desconcierto a la irritación. No sólo no comía carne sino que además rechazaba los agasajos. ¡Habrase visto!, graznaban a coro, santiguándose.

Se refugiaba en el jardín. Las plantas son más agradecidas que las personas, decía mi madre. No sé si él hablaba con los geranios, como mi madre, o les rezaba. Al final de la tarde encendía una pipa y se sentaba a leer. El teléfono no le dejaba en paz y el libro y la pipa se quedaban en la silla hasta la tarde siguiente.

## 3

Entrar no era difícil; era más difícil salir.

Todas las casas escondían un punto débil, sólo había que encontrarlo. Gatos y moscas fueron mis maestros. Las puertas de las terrazas y de los balcones apenas ofrecían resistencia. Los árboles solían ser de gran ayuda, una rama u otra allanaba el camino. La noche no necesariamente era una buena aliada. Pasada la hora de la cena, cualquier ruido resultaba sospechoso.

El viejo Pantaleón tenía la peligrosa manía de fumar en la cama, y una noche que cerró los ojos antes de apagar el cigarro ya no volvió a abrirlos. En la iglesia, durante su funeral, el olor de santidad se mezclaba con el olor de la carne quemada, mientras las velas, revoltosas, producían inquietantes reflejos en el féretro. Me había colado en su casa por el único agujero que permitía la entrada de luz y de ventilación. No llevaba cerillas y a mis ojos les costó adaptarse a la oscuridad. También por eso envidiaba a los gatos: ellos no necesitaban cerillas. Una pequeña foto, con las esquinas roídas, se había salvado del incendio. La escondí encima del armario. Pero todo lo que yo escondía lo encontraba mi madre. Y no volvía a verlo.

Me hice con una linterna. La hija de la tendera miraba hacia otro lado cuando notaba que me echaba algo a los bolsillos.

La casa de los alemanes era mi biblioteca secreta. Sacaba los libros que me daba la gana y los devolvía sin prisas o no los devolvía. Los alemanes, en realidad españoles emigrados a Alemania, regresaban al pueblo cada verano con un montón de libros nuevos. Para fastidiarme, cada vez traían más libros en alemán y con menos ilustraciones.

La casa del médico no olía a casa de pueblo. El viento, jugando con las cortinas, me dio un susto de muerte. La consulta, en la planta de abajo, estaba cerrada con llave. También había al menos dos cuartos, en la planta de arriba, cerrados con llave. Probé con todas mis ganzúas, sin éxito. Esa noche soñé que el hijo del médico saltaba por una ventana, aleteaba ridículamente y moría ensartado en las rejas del patio.

Las casas estaban llenas de ecos y de sombras que se peleaban entre sí.

Persiguiendo misterios, exploraba intimidades. La casa del maes-

tro era tan acogedora como un sepulcro. No cabían más platos sucios en el fregadero, pero no sólo provenía de la cocina el olor agrio que apestaba la casa: había corazones oxidados de manzana por todos los rincones de todos los cuartos, incluido el cuarto de baño. En una pequeña libreta a la que le faltaban las tapas, el maestro llevaba la cuenta de la ropa que le lavaba y planchaba una vieja solterona que aún no había cumplido los cuarenta y a la que llamaban la Manca no porque le faltara un brazo sino porque era la hija del Manco. En esa libreta había apuntado un teléfono al que llamé varias veces. Respondía, en francés, una chica que tal vez tuviera mi edad. Yo no la entendía, y aunque la hubiera entendido tampoco habría sabido qué decirle; ella, a los dos minutos, lanzaba un suspiro y colgaba. Me enamoré de aquella voz a la que mi fantasía ensiguída le dibujó una cara y le puso nombre: Marguerite. Mis primeros amores fueron imaginarios. Y a todas les ponía nombres de flores. Por el prefijo averigüé que el teléfono era de Canadá y llegué a aprenderme de memoria toda la información que había sobre ese país silencioso en la enciclopedia que mi madre, sin consultar a mi padre, había comprado a plazos.

La casa del cura seguía oliendo a sacristía a pesar del cambio de propietario, y los santos y las vírgenes continuaban repartidos por las habitaciones a la espera del Juicio Final. José Luis se había propuesto resucitarla pintando, con paciencia, las paredes. Tropecé con un cubo y la pintura se derramó por las baldosas, irreparablemente. Tenía que pensar algo, y rápido. Busqué excrementos de gato en el jardín, los dejé en un lugar bien visible, cerca de la mancha de pintura, y ya en casa me lavé las manos felicitándome por mi ocurrencia.

Al cura que sustituyó a José Luis le olía la boca a huevos podridos. Me sentía fatal. Creía que José Luis había abandonado el pueblo por mi culpa.

Su coche llegó de madrugada. Alguien que lo oyó y que corrió a la ventana distinguió dos sombras humanas. Al día siguiente los chismorreos producían un zumbido similar al de una nube furiosa de mosquitos.

José Luis mantuvo la boca cerrada hasta el domingo. Los viejos se quitaban la boina al entrar en la iglesia, dejando al descubierto sus calvas blancuzcas. Había mucha gente y hacía mucho calor. Los abanicos cuchicheaban, expectantes. Parece un muerto, dijo alguien. Y era verdad que parecía un muerto, pero los muertos no sudan como sudaba él. La Virgen sufría viendo cómo le resbalaban las gafas por la nariz. Por fin cerró la Biblia y se quitó las gafas. Los aba-

nicos enmudecieron. He traído conmigo a un enfermo y lo acogeré en mi casa el tiempo que sea necesario, dijo, con un golpe de autoridad. Y sin dar más explicaciones pidió que rezáramos todos por él y continuó con la ceremonia.

Las urracas se subían por las paredes, atacadas de los nervios. Los forasteros no despertaban sus mejores instintos. José Luis evitaba como podía sus picotazos sin perder los buenos modales.

## 4

La noche de San Juan el cielo se vino abajo. Castigo de Dios, graznaron las urracas. En el jardín del cura no quedó una flor sana. José Luis, con los ojos enrojecidos, acariciaba los cadáveres. Al menos su libro había sobrevivido a la lluvia de piedras. Lo estrechó entre sus brazos de una manera conmovedora, jurándole que jamás volvería a abandonarlo a la intemperie. Luego, de un soplido, sacó de la pipa un pequeño chorro de agua. Se rió antes de tirar la pipa al tejado. Yo me la llevé a casa, y aunque no conseguí hacerla funcionar, me gustaba chuparla, poniendo cara de estreñimiento, como había visto que hacían los escritores, mientras escribía mis primeros y abominables poemas bajo el hechizo de la luna.

Si era capaz de ponerse en pie, pronto asomaría el hocico. Como no tenía nada mejor que hacer, cada tarde, a eso de las siete, cuando el sol escondía los colmillos, subía a los tejados y me apostaba detrás de una vieja chimenea. Los pájaros hablaban con las nubes. Yo leía sus vuelos. Así aprendí a escribir, leyendo los vuelos de los pájaros.

No parecía un perro encadenado sino una rata narcotizada, una de esas ratas que, tratando de esconderse de sí mismas, se aprietan contra los barrotes de la jaula y a simple vista no sabes si todavía te pueden arrancar un dedo de un mordisco o ya nunca volverán a mover los bigotes. Tenía unas manos huesudas y pálidas que colgaban de unos brazos muy largos. Llevaba una sudadera negra, unos pantalones negros, unas gafas negras y unas botas sucias.

Estiraba las piernas, cruzaba las botas y encendía un cigarro tras otro sin parar de toser y de escupir entre calada y calada. Fumaba como fuman los locos, deseando convertirse en humo y saltar por los aires. Llegué a pensar que era ciego. Me daban ganas de tirarle una piedra para salir de dudas.

Yo bostezaba como bostezaban los detectives en las películas cuando les tocaba meterse en el coche y esperar toda la noche bajo la lluvia. ¿Y si era un etarra?

¡Eh, tú, sal de ahí!, gritó.

Ni él era ciego ni yo invisible.

¡Baja! Quiero verte la cara.

Mis piernas no respondían. Estaba bloqueado y no era la primera vez. Un día nos pillaron robando fruta y huyeron en desbandada todos menos yo, que me quedé en el árbol rezando para que un milagro me salvara de la paliza de la que no me salvó nadie.

No tengas miedo. Aún no he decidido si voy a matarte.

Bajé descolgándome por el tejado. Me encañonaba con una pistola inexistente. Su sonrisa era limpia, pese a los dientes carcomidos. Guardó la pistola y me tendió la mano. Estreché la mano de un esqueleto.

Me hizo muchas preguntas. Necesitó emplearse a fondo para arrancarme alguna respuesta.

Soy un habitante de las cloacas, dijo.

Su pelo llevaba años sin ver un peine. Un imperdible le atravesaba la oreja derecha. Le faltaba la pata de palo, aunque era posible que utilizara una pierna ortopédica porque, de hecho, cojeaba.

Yo me llamo Josu. ¿Y tú?

Nunca había oído ese nombre. Será judío, fue lo primero que pensé. Mi nombre también le sorprendió.

Algo muy malo debiste hacer para que te castigaran con un nombre así, dijo.

Le conté la historia, un poco truculenta, de mi nombre, y no daba crédito.

¿Qué hora es?, bostezó.

Ni él ni yo llevábamos reloj. Miré al cielo. Unas nubes rojas, como vendas empapadas de sangre, se deshilachaban. Le dije que serían las nueve y media. Me adelanté cinco minutos al reloj de la iglesia, que iba con cinco minutos de retraso.

Vuelve. Me has caído bien.

Tardé unos cuantos días en volver. No por nada. Había que darse prisa en coger los melocotones que se habían salvado del granizo antes de que los pájaros acabaran con ellos.

Sabía que volverías, amiguito.

Cazaba una mosca, le arrancaba las alas con las pinzas que mi madre empleaba para arreglarse las cejas y yo para sangrar las huellas de mis hermanos, y la encerraba en un bote de cristal. La vida de una mosca es corta, quince o veinte días a lo sumo. Sin alas, sin alimento, sin oxígeno y sin escapatoria vivían bastante menos. Las moscas no respetaban los labios de los recién nacidos, ni las narices de los enfermos, ni siquiera los párpados de los muertos. Tampoco a él lo respetaban. Seguro que en el infierno no hay tantas moscas como en este pueblo de mierda, me decía, echando el humo del cigarro contra un moscardón azul clavado en su brazo.

Lo cierto es que aquel verano hubo una plaga de moscas. Mi abuela empuñaba con la mano izquierda el matamoscas y con la derecha se agarraba al bastón que la llevaba de una habitación a otra sin darle un respiro. Los insecticidas se revelaron impotentes frente a la cólera de Dios.

Puntual como una pesadilla, decía al oírme llegar.

Tenía un radar, como los murciélagos.

Su radar, sin embargo, era algo fantasioso.

Esta mañana discutían dos ángeles. No eran voces de niños ni de adultos. Eran voces de viejos con las dentaduras postizas desencajadas. Andaban por los tejados, como tú.

En su sonrisa no había alegría. Sus sonrisas eran burlonas o escepticas o amargas o enigmáticas. Nunca luminosas.

Sus manos no callaban. Cuando apretaba los puños lo hacía de una forma melancólica. Tenía las manos quemadas. Quizá por eso se sentía con autoridad para hablar sobre la naturaleza del fuego.

## 5

Le juré que no había visto el mar. No podía creérselo.

Yo tengo el mar aquí, dijo señalándose la cabeza. El mar sabe mi nombre y me habla como no me ha hablado nadie, lo que no quiere decir que siempre lo entienda. Mi padre me llevaba al mar algunos domingos. Dábamos una vuelta por el puerto, escuchando los lamentos de las barcas que llevaban demasiado tiempo amarradas, y después íbamos a la playa, una playa fangosa que olía a hierro y a petróleo y a peces muertos y a algas podridas, el olor del fin del mundo. Él cargaba con la nevera portátil y yo corría a su alrededor con esa excitación estúpida con la que corren los perros alrededor de sus dueños. Luego mi padre se sentaba a fumar y a beber cerveza mientras yo observaba las peleas entre cangrejos y gaviotas o buscaba cofres piratas en la basura que arrojaba la marea. Ni el cielo ni el mar eran azules, era un cielo de pus y un mar de ceniza. Nos comíamos los bocadillos que había preparado mi tía y antes de irnos yo tiraba al mar las botellas vacías y enterraba en la arena las monedas de plata que fabricaba con el papel de aluminio.

¿Tienes tabaco?

Le di un cigarro. Lo prensó dándole golpecitos en la rodilla.

Una tarde, volvíamos de la playa, el coche se salió de la carretera y dio varias vueltas de campana. Te juro que no me asusté: mi padre estaba conmigo.

Las ruedas del coche no paraban de girar en el aire.

Otro hubiera dejado de beber, pero mi padre, después del accidente, dejó de conducir.

Encendió el cigarro. Apuraba los cigarros hasta quemarse los dedos y los apagaba retorciéndolos contra las suelas de las botas. Me guardé tres o cuatro en el bolsillo de la camisa y le ofrecí el resto del paquete.

La hija de la tendera no sólo se dejaba robar. Cuando yo entraba en la tienda, ella salía del mostrador y, haciéndose la tonta, se acercaba hasta mí y me daba la espalda invitándome a que le tocara el culo. Era feúcha, pero tenía un buen culo.

No soportaba los cielos sin nubes, metálicos. Temía que se desplomaran.

¿Aquí nunca llueve?

Casi nunca, le dije.

La mayoría de la gente, cuando piensa en su infancia, recuerda los días de sol. Yo no, dijo.

Se estiró los dedos amarillos de nicotina. Primero los de una mano, luego los de la otra. No era la primera vez que veía a alguien hacer eso, pero sus huesos sonaban de forma distinta. Como cristales. Me fijé en su piel. Tenía el mismo aspecto que las manzanas cuando empiezan a pudrirse.

Los ojos no son de fuego, son de agua. Ésa es la razón por la que uno no se cansa de contemplar el mar y la lluvia. Pero la lluvia que yo recuerdo era negra y pringosa. Las nubes que vomitaban las chimeneas de las fábricas se agolpaban en el cielo como montones de ropa sucia. La ciudad olía como debían de oler los campos de batalla una semana después de la batalla. Nunca terminaba de llover. Mi tía me advertía: ten cuidado con esa lluvia, que quema. Y era verdad que quemaba. Quemaba los ojos, quemaba la piel y quemaba la conciencia.

Mi padre odiaba los paraguas y llevaba una gabardina de ala de murciélago con tantos agujeros como la gabardina de un gánster al que hubieran frito a balazos.

## 6

No había día que no me preguntara por mi madre. Si iba todas las semanas a la peluquería, si me llamaba por mi nombre completo, si cocinaba bien, si cantaba mientras cocinaba, si me obligaba a comer pescado, si había dejado de contarme cuentos, si todavía me daba besos de buenas noches, si me regañaba sistemáticamente o sólo cuando hacía méritos, si seguía enamorada de mi padre, si trabajaba como una mula, si rezaba, si leía y qué leía y a quién votaba. Preguntas de ese tipo.

¿Y cómo huele?

Como huelen las madres, supongo, le respondí.

Yo no sé cómo huelen las madres, dijo. ¿Huelen a tierra mojada? ¿A flores secas? ¿A pan? ¿A mandarina? ¿A detergente? Mi madre trabajaba en una conservera y, por mucho que se lavara las manos y que frotara la ropa, estoy seguro de que no conseguía quitarse de encima el olor a pescado crudo. A mi tía le extrañaba que siempre estuviera dispuesto a ir a la pescadería, cuando yo no probaba el pescado, lo aborrecía. Pero el olor del pescado me transportaba al rincón con más telarañas de mi memoria, allí donde mi madre le sacaba las tripas a una merluza del tamaño de un bebé. No podía verla ni oírla, pero aún podía olerla. Al pescadero le ponía nervioso el descaro con que miraba a su mujer. ¿A ti, chaval, qué te pasa? ¿Eres tonto? Trabajaban juntos, codo con codo, y yo cruzaba los dedos, mientras esperaba mi turno, para que me atendiera ella. Ya no era joven y tampoco guapa ni especialmente simpática. Demacrada, tenía los pelos de bruja y los ojos ojerosos, sin brillo. Cuando soñaba con mi madre, era con la pescadera con quien soñaba. No me cansaba de besar su piel escamosa.

Mi tía, aburrida, me decía: tu madre era como tú. No la sacaba de ahí. ¿Y cómo soy yo? Igual que ella, respondía.

Mi tía hablaba de mi madre como si llevara siglos enterrada. Lo raro era que yo también hablaba de mi madre como si estuviera muerta. En casa ya no quedaba nada que conservara sus huellas, su aroma o su reflejo. De eso se había ocupado mi padre. Un ruido escandaloso me sacó una noche de la cama. Salí al pasillo, entré en el salón y mi tía gritó: ¡no te muevas! Demasiado tarde: un cristal ya se había incrustado en mi pie descalzo. De un zarpazo mi padre había